

REVOLUCIÓN FRANCESA, ESTADO NACIONAL E INTELECTUALES

Marcos KAPLAN

SUMARIO: I. *El desarrollo del Estado francés.* II. *Intelectuales y poder estatal.* 1. *El intelectual crítico-reformista y el proyecto modernizante.* 2. *El jacobino como intelectual en el poder.* 3. *Los científicos, la Revolución y el Estado.* 4. *Los intelectuales legitimadores.*

El bicentenario de la Revolución francesa ha dado lugar a un notable esfuerzo de reconsideración de este trascendental fenómeno histórico. La nueva revisión se ha traducido en una masa de investigaciones, estudios y debates de todo tipo y signo. Se ha constatado una vez más a la vez la permanencia y la trascendencia de la Revolución francesa, en el examen crítico-científico, en el debate ideológico, en el enfrentamiento político, en la opinión pública y en el imaginario colectivo. Casi desde su emergencia, cada generación ha elaborado, mantenido, revisado, modificado, versiones cambiantes y contrapuestas de la Revolución francesa, de sus diversas fuerzas y tendencias, de sus aspectos y protagonistas. Se ha evitado así la importancia política, cultural e ideológica que aquélla ha revestido y conserva, para los franceses, pero también para los otros pueblos, como los de América Latina. En un contexto general que se constituye por las múltiples crisis que sacuden al mundo actual, a sus bloques, sistemas y régimen, y por la variedad de impactos y secuelas de dichas crisis, se ha dado además una reconsideración intensa y profunda de los procesos y fenómenos reales de la Revolución francesa, de sus proyecciones y actualizaciones, y de las perspectivas científicas e ideológico-políticas con que unas y otros han sido estudiados y evaluados. El bicentenario reitera y amplifica esta imagen de permanencia y trascendencia.¹

¹ Una examen crítico de las diversas interpretaciones, tradicionales y recientes, en cuanto a los principales aspectos de la Revolución francesa, se encuentra en Solé, Jacques, *La Révolution Française*, París, Éditions du Seuil, 1987. Historias ya clásicas son: Lefebvre, Georges, *La Révolution Française*, París, PUF, 1951;

que lo lleva, desde la descomposición de un feudalismo particularmente vigoroso, a partir de la monarquía absoluta a la Revolución, y pasa luego por el Therminor y el Directorio, el Consulado y el Primer Imperio, la Restauración y la Monarquía de Julio, para culminar con el Segundo Imperio.²

El Estado nacional es —en la Europa occidental de la Baja Edad Media y de la temprana Edad Moderna— a la vez parte, productor y producto del proceso de emergencia de una realidad nueva, de una constelación de fenómenos, en parte espontáneos, en parte determinados por la intervención de poderes políticos. Esta constelación abarca y entrelaza: matrices de cambio, acumulación de recursos y riquezas y de medios de acción, extensión del comercio y de las comunicaciones, mercado nacional, ascenso de burguesías, constitución y consolidación de pueblos y nacionalidades, desarrollo de conciencias nacionales. De estos componentes y procesos, y de su estructuración como conjunto en la nueva sociedad civil, nace el Estado nacional centralizado que, a partir de sus diferentes precedentes históricos, se constituye y se instituye cada vez más como poder político relativamente autónomo y en expansión. El nuevo Estado multiplica sus intervenciones, produce y unifica la sociedad nacional, la trabaja y modela, le impone su supremacía y tiende a absorberla. Sus ámbitos y funciones se despliegan a la vez en lo económico, lo político, lo social, lo cultural, lo espacial, lo jurídico-institucional.

En lo económico, a partir y a través del absolutismo monárquico y de la política mercantilista, el Estado posibilita la acumulación primitiva; favorece el crecimiento económico, crea las condiciones para una economía de mercado, y para la emergencia del modo de producción capitalista y de la burguesía. En lo sociopolítico y en lo jurídico-institucional, el Estado en parte impone y en parte acepta y favorece la autonomización recíproca de las instancias sociales —económica, social, político-jurídica—, la separación entre él mismo y la sociedad civil. Abre además, a elementos activos y eficaces de la burguesía ascendente, el acceso a las tierras y, sobre todo, a las funciones y cargos del Estado, y aquélla aporta así a la administración real los recursos humanos y financieros que necesita para operar.

² Sobre la formación y naturaleza del Estado francés antes de la Revolución, ver: Mandrou, Robert, *La raison du prince-L'Europe absolutis 1649-1775*, París, éditions Marabout, 1980; Williams, E. N., *The Ancient Régimen in Europe Government and Society in the Major States 1648-1789*, Penguin Books, 1979; Bendix, Reinharde, *Kings or People Power and the Mandate to Rule*, Berkeley, University of California Press, 1978; Anderson, Perry, *Lineages of the Absolutist State*, Londres, Verso Editions, 1979; Méthivier, Hubert, *L'Ancien Régime*, París, PUF, 1974.

El Estado monárquico-absolutista capta la razón y la racionalidad difusa que en esta fase se difunde a partir de un conglomerado de fuerzas y procesos correspondientes al paso de un modo de producción al otro. Esa razón y esa racionalidad, que se concentran en la filosofía cartesiana, son canalizadas y desviadas para el uso y beneficio del Estado, que las vuelve razón de Estado, instrumento de legitimación y manipulación.

A partir y en nombre de esta razón, el Estado absolutista define e impone su ley. Sustituye la sacralización tradicional por la laicización gradual de las relaciones sociales y por la regulación jurídica de tipo contractual. Emprende una operación de homogenización de la sociedad, en función de los problemas planteados por la transición del feudalismo al capitalismo y por el logro de la unidad nacional y de la centralización estatal. El Estado distingue y decreta las normas y las anomías, lo normal y lo anormal, y toma medidas y decisiones que colocan fuera de la ley, expulsan, encierran o exterminan a gran número de los considerados anormales, diferentes, indisciplinados, improductivos, inasimilables. El Estado emprende además el proceso de aislamiento, aplastamiento y control centralizado de las sociedades agrarias, las comunidades patriarcales, las ciudades y regiones; reduce o suprime sus particularismos y sus diferencias; las identifica e integra en nombre y por medio de elementos comunes (lengua, historia, cultura, futuro) que lleva al primer plano y convierte en primordiales.

En dos textos célebres, escritos con 20 años de diferencia pero con un sentido similar (*El dieciocho brumario de Luis Bonaparte y la guerra civil en Francia*), Marx constata que

Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa maquinaria de Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres, este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar. Los privilegios señoriales de los terratenientes y de las ciudades se convirtieron en otros tantos atributos del poder del Estado, los dignatarios feudales en funcionarios retribuidos y el abigarrado mapa de las soberanías medievales en pugna en el plan reglamentado de un poder estatal cuya labor está dividida y centralizada como una fábrica.

En el otro texto reitera Marx que:

El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo— procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como una arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo.

Se dan así ya tempranamente y con intensidad y velocidad crecientes las formas de la especialización de las fuerzas y estructuras culturalideológicas y políticas, y de la profesionalización de sus actores y prácticas. En efecto, el “Estado feudal” según la definición de Gaetano Mosca en *La clase política* es:

Este tipo de organización política en el cual todas las funciones de dirección de la sociedad —económica, judicial, administrativa, militar— son ejercidas simultáneamente por los mismos individuos, mientras que al mismo tiempo, el Estado está compuesto por pequeños agregados sociales que poseen todos los órganos necesarios a una existencia autónoma. . . el barón medieval era a la vez propietario de la tierra, jefe militar, juez y administrador de su feudo. . .³

En contraposición con la situación feudal —dice Max Weber en *El científico y el político*—,

en todas partes el desarrollo del Estado moderno ha tenido por punto de partida la voluntad del principio de expropiar los poderes “privados” independientes que, junto a él detentan un poder administrativo, es decir, todos aquellos que son propietarios de medios de gestión, de medios militares, de medios financieros y de toda clase de bienes susceptibles de ser utilizados políticamente. Este proceso se cumple en perfecto paralelismo con el desarrollo de la empresa capitalista que expropia poco a poco los productores independientes. Y finalmente se ve que en el Estado moderno el poder que dispone de la totalidad de los medios de gestión políticos tiende a recogerse en una sola mano; ninguno de los funcionarios sigue siendo propietario personal del dinero que gasta o de los edificios, de los almacenamientos y de las máquinas de guerra que él controla. El Estado contemporáneo. . . ha logrado “cortar” la dirección administrativa, los funcionarios y los trabajadores de la administración de los medios de gestión.

³ Mosca, Gaetano, *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

... el Estado moderno es un grupo de dominación de carácter institucional que ha buscado (con éxito) monopolizar, en los límites de un territorio, la violencia legítima como medio de dominación y que, con este objetivo, ha reunido en las manos de los dirigentes los medios materiales de gestión. Lo cual quiere decir que él ha expropiado de tales medios a todos los funcionarios que, siguiendo el principio de los "estados" disponían en otro tiempo de aquéllos según su derecho y se ha substituido a ellos, incluso en la cima de la jerarquía.

La centralización monárquica de los medios de dominación política implica la desaparición del Estado feudal, y su remplazo por el Estado burocrático en el cual, en palabras de Gaetano Mosca,

no es necesario que todas las funciones de dirección estén concentradas en el seno de la burocracia y ejercidas por ella... La característica principal de este tipo de organización social reside... en el hecho que doquiera existe el poder central drena una parte considerable de la riqueza social gracias al impuesto que utiliza para mantener un ejército y en segundo lugar, para organizar un número más o menos grande de servicios públicos. Cuanto mayor es el número de los funcionarios que ejercen funciones públicas y reciben su remuneración del gobierno central o de las administraciones locales, más se burocratiza la sociedad. En un Estado burocrático, las funciones de gobierno son siempre más especializadas que en un Estado feudal. La primera y más elemental división de las capacidades es la separación entre los poderes administrativo y judicial y la organización militar.

Así, por una parte, ha existido un paralelismo entre el proceso de expropiación de los medios de dominación política por y en favor del Estado, y la expropiación gradual de los productores independientes por la empresa capitalista en desarrollo. Por otra, como subraya Marx, la división del trabajo en el interior del aparato estatal (y con ello la diferenciación y especialización de las actividades culturalideológicas y políticas) fue creciendo "a medida que la división del trabajo en el interior de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses y, por consiguiente, un nuevo material para la administración del Estado".

Al ser correlativo de la aparición de nuevos tipos de intelectuales, e incluso de una "nueva especie de políticos profesionales", y al permitir el control de un número creciente de instrumentos de dominación, el Estado moderno (y luego el contemporáneo) se va volviendo el botín de la lucha y la presa principal de los políticos para la conquista y el ejercicio del poder. En las palabras de Marx,

los partidos que lucharon por el poder consideraron la conquista de este inmenso edificio de Estado como la principal presa del vencedor... El Gobierno..., con la seducción irresistible de sus cargos, beneficios y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las facciones rivales y los aventureros de las clases dominantes.

Ya bajo la monarquía absoluta y el despotismo ilustrado, el desarrollo y supremacía del Estado, el ascenso de la economía capitalista y de la burguesía, el avance de la división social del trabajo, el esbozo de una sociedad civil, confluyen y se entrelazan para estimular el crecimiento y la diversificación de grupos intelectuales, su interés por el patrocinio del Estado primero, por su diálogo y negociación con él luego, y finalmente por su conquista y aprovechamiento sin intermediaciones. Estas tendencias estructurales se ven reforzadas por un fenómeno más coyuntural pero no por ello menos influyente. Se trata de los intentos de reforma y autorregeneración del despotismo ilustrado en las postimerías del Antiguo Régimen. Los mismos expresan una conciencia de la necesidad de modernización, racionalización y estabilización del Estado, la economía y la sociedad, bajo las presiones convergentes de nuevas fuerzas sociales en ascenso, de sus contradicciones con los intereses creados del Antiguo Régimen, de las consecuencias negativas y situaciones de crisis que provienen de la creciente obsolescencia e ineficiencia del aparato gubernamental, y de los retos planteados por la lucha por la hegemonía internacional. Las presiones son captadas y traducidas en el pensamiento de los *philosophes* del Iluminismo, y en las iniciativas de reforma por la burocracia real, los unos y la otra apoyados y difundidos por los elementos esclarecidos de la clase dirigente que se ubican en sectores dominantes del Estado, y por sectores ilustrados de la aristocracia.

La monarquía absoluta, en su fase de ascenso y predominio indiscutido, y en la del despotismo ilustrado y las tentativas de autorreforma, cumple ya un papel central en la constitución del Estado moderno y en el establecimiento de una gama de relaciones posibles entre aquél y los estratos emergentes de la intelectualidad. Sin embargo, en las palabras de Marx, el desarrollo de la sociedad burguesa

se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la Revolución francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del Estado moderno...

La primera revolución francesa, con su misión de romper todos los poderes particulares locales, territoriales, municipales y provinciales, para crear la unidad civil de la nación, tenía necesariamente que desarrollar lo que la monarquía absoluta había iniciado: la centralización; pero al mismo tiempo amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del poder del Gobierno.

Por las necesidades del terror y de la guerra, pero también por una dinámica de autoacumulación del poder, la Revolución desemboca en una burocratización del Estado; crea una organización nacional y formalizada de un cuerpo profesional hasta entonces sin equivalente. En ese momento nace en Francia una función pública regular y controlada, jerárquica y calificada, asalariada e impersonal; una administración modernizada por el impulso de la Revolución, que se consolida y expande con su estrategia propia.

La Revolución francesa, en sus diversas fases —monárquico-constitucional, girondina, jacobina, termidoriana-directorial— continúa, como bien comprendió Alexis de Tocqueville,⁴ esta tarea histórica del Antiguo Régimen, la libera de formas rígidas y límites estrechos, la extiende y profundiza. El Estado capta los cambios profundos que se vienen produciendo durante el siglo XVIII y que se manifiestan en la espontaneidad revolucionaria; se racionaliza y centraliza; crea la ideología y los mitos que posibilitan o refuerzan su legitimación. La nueva ideología que va emergiendo del Siglo de las Luces primero, y del proceso revolucionario luego —con una mezcla de continuidad y de fractura entre ambas fuentes—, establece un lazo indisoluble entre Estado, pueblo y nación, razón, ley. Tras este velo ideológico, el Estado se vuelve promotor y productor de la nación más que a la inversa; hace converger los caracteres locales, regionales y clasistas, los homogeniza y los absorbe en la identidad colectiva de lo territorial, lo étnico y lo nacional.

De hecho, como destaca Pierre Birnbaum, en un proceso único, la Revolución francesa hace surgir la nación, da al pueblo un papel de primer plano, y refuerza al Estado, lo institucionaliza, lo diferencia de las periferias, lo autonomiza de la sociedad y de sus principales clases y grupos. La triple reivindicación de la libertad, la igualdad y la fraternidad se afirma y despliega de modo paralelo y entrelazado con la destrucción de los organicismos: órdenes, estamentos, corporaciones, particularismos regionales y locales. Se suscita y logra así la formación de un nuevo sistema

⁴ Tocqueville, Alexis de, *L'Ancien Régimen et la Révolution*, París, Gallimard, 1967.

que se constituye y funciona a partir y a través de una comunidad y compromiso de los ciudadanos. Éstos ven reconocidos y codificados sus derechos y deberes como ciudadanos, pero deben renegar de todas sus lealtades periféricas y entablar relaciones directas con la soberana autoridad del Estado fuertemente diferenciado de las periferias sociales y espaciales, autonomizado, movilizador y atomizador de masas. Francia exemplifica un caso notable de estatización de la nación, de predominio del aparato político-administrativo, civil y militar del Estado que asegura, de modo incesante y simultáneo, su institucionalización, su autonomización, su injerencia y dominio sobre la nación.⁵

La Revolución, crea un autoritarismo político y administrativo, más moderno, más fuerte y eficaz, un despotismo más vigoroso que el del Antiguo Régimen. Monárquicos constitucionales, girondinos, jacobinos, termidorianos, directoriales y brumarianos, desconfían del sistema electoral y del régimen parlamentario. Partes integrantes aunque mutuamente conflictivas de la élite política e intelectual, aquéllos coinciden, no en la instauración de un régimen liberal, sino en la preparación de las condiciones para la dictadura bonapartista.

“Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado. . .”, esta “superestructura del edificio del Estado moderno, erigido en tiempos del Primer Imperio, que a su vez, era el fruto de las guerras de coalición de la vieja Europa semifeudal contra la Francia moderna. . .” (Marx). Bajo Napoleón I continúa y se acentúa la tarea de centralizar el Estado y de codificar la sociedad. Último déspota ilustrado, Napoleón cristaliza un nuevo tipo de poder que concentra la autoridad en un hombre para dirigirse hacia la modernización del Estado y de la sociedad, hacia la fundación del sistema racional y unificado que en adelante gobierna a Francia. La soberanía es transferida a una persona para terminar con la anarquía aunque sea a costa de las libertades, consolidar la autoridad sobre y contra las facciones, eliminar a los adversarios en nombre de la unidad, garantizar el orden y la estabilidad. El doble principio de la represión y la cooptación substituye las anteriores formas de intervención y acción populares. El sistema no se da como democracia, ni siquiera bajo formas plebiscitarias, por una parte, ni como usurpación o dictadura militar, por la otra. Se basa, estructura y funciona por voluntad y consentimiento de una estrecha clase política que se autoerige como tal y no representa a nadie; por la apatía e indiferencia políticas de la población que impiden la existencia y acción de una opinión pública con influencia sobre los

⁵ Birnbaum, Pierre, *La logique de l'état*, París, Fayard, 1982.

acontecimientos y las decisiones; por los medios de fuerza, especialmente la policía política que se impone como una de las innovaciones políticas de esta experiencia histórica (v. gr. la figura paradigmática de Fouché). Napoleón refuerza y amplifica la centralización política y administrativa que hereda, y la consiguiente eficacia de la maquinaria estatal continúa y extiende la práctica de la incorporación de los intelectuales como servidores del poder, especialmente como administradores competentes, manipuladores políticos e ideólogos.⁶

Al perfeccionamiento de la maquinaria estatal por Napoleón —agrega Marx—

la monarquía legítima y la monarquía de julio no añadieron nada más que una mayor división del trabajo, que crecía a medida que la división del trabajo dentro de la sociedad burguesa creaba nuevos grupos de intereses, y por tanto nuevo material para la administración del Estado. Cada interés común (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior general (*allgemeines*), se sustraía a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del gobierno, desde el puente, la escuela y los bienes comunales de un municipio rural cualquiera, hasta los ferrocarriles, la riqueza nacional y las universidades de Francia. Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, vióse obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor.

Pero bajo la monarquía absoluta, durante la primera revolución, bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de la clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe, bajo la república parlamentaria era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspirase también a su propio poder absoluto.

Es bajo el segundo Bonaparte cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía.

⁶ Ver Solé, Jacques, *op. cit.*, *supra*, nota 1. Sobre el primer imperio y la primera variedad de bonapartismo, ver: Tular, Jean, *Napoleón*, París, Fayard, 1977; Godechot, Jacques, *L'Europe et l'Amérique à l'époque Napoléonienne*, París, Nouvelle Clio, PUF, 1967; Soboul, Albert, *Le Premier Empire*, París, PUF, 1973; Bluche, Frédéric, *Le Bonapartisme*, París, PUF, 1981.

II. INTELECTUALES Y PODER ESTATAL

En la perspectiva de este desarrollo del Estado francés, como institución, como aparato y como capa social, de su intervencionismo y autonomización, es posible presentar un cuadro somero de los tipos de relaciones que diferentes grupos intelectuales estaban con aquél.⁷ Las categorías que a continuación se examinan son:

1. El intelectual crítico-reformista, que busca una transformación progresiva de la sociedad y del Estado, de signo modernizante, sin actuación directa como protagonista político, mediante la influencia sobre quienes detentan el poder.
2. Los jacobinos como actores con proyecto propio.
3. Los científicos al servicio del Estado.
4. Los “ideólogos” como tentativa de asunción del papel de eminentes grises, consejeros del príncipe, poder detrás del trono.
5. Los intelectuales contrarrevolucionarios para la restauración conservadora.

1. *El intelectual crítico-reformista y el proyecto modernizante*

La sociedad francesa del Antiguo Régimen en la época del despotismo ilustrado, y la que va emergiendo de la Revolución y del Primer Imperio, se singulariza cada vez más por el avance, el distanciamiento y el predominio de lo político-ideológico respecto a lo económico y lo social. También, por la presencia, influencia y eficacia de los núcleos intelectuales que constituyen una pléyade de filósofos, científicos, economistas, pensadores políticos, literatos, periodistas, enciclopedistas. Estos núcleos están además sostenidos y vehiculados por una capa social más amplia del mismo tipo. Ambos componentes en conjunto se vuelven capaces de adquirir una importancia desproporcionada en lo cultural lo ideológico y lo político, que irán transformando en práctica política para competir con otros actores por la influencia, el poder y el control sobre el Estado.⁸

⁷ Sobre el desarrollo del papel de los intelectuales y de sus relaciones con el poder político y el Estado ver: Makhaïski, Jan Waclav, *Le socialisme des intellectuels*, París, Aux Éditions du Seuil, 1979; Gouldner, Alvin, *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Nueva York, Continuum, 1979; Konrad, G. y Szelényi, I., *La marche au pouvoir des intellectuels - Le cas des pays de l'Est*, París, Éditions du Seuil, 1979.

⁸ La importancia desproporcionada de los intelectuales en la fase previa a la Revolución es tempranamente destacada por Tocqueville en su *L'Ancien Régime et la Révolution*, cit., supra, nota 4.

La nueva categoría social se expresa y se realiza por su papel en el Iluminismo, y encuentra su simbología y su monumento en la Enciclopedia. Se define por su fe en la razón y en la ciencia; por la guerra a todas las formas de irracionalidad y de oscurantismo; por la pérdida de fe en los sistemas metafísicos, cerrados, axiomático-deductivos; por la confianza en la capacidad humana para descubrir leyes naturales de validez universal.⁹

La investigación del mundo natural y del mundo social, el logro de modelos de explicación comprensión para unos y otros, no se logra por la deducción pura, sino según el modelo de las ciencias naturales. El énfasis es puesto en el análisis, la experimentación, la observación, la base empírica, la interdependencia análisis/síntesis; la fusión del racionalismo y del empirismo.

Se postula la similaridad de las leyes que rigen la naturaleza y lo humano/social. Instituciones y valores dominantes son sometidos al análisis y a la crítica, para demostrar su irracionalidad y antinaturalidad, y la necesidad de su cambio, que permitan el pleno desarrollo de las potencialidades humanas. Se propugna la marcha hacia un ser humano y hacia un orden social, más racionales, naturales y necesarios. El esfuerzo de crítica, duda, demolición, respecto a lo existente, se acompaña con otro de construcción. El conocimiento de las fuerzas y tendencias reales permite dirigirlas y controlar sus consecuencias. A partir y a través de la libertad y de la razón, son posibles el perfeccionamiento del individuo y el progreso de la sociedad.

Por sus orígenes sociales, sus protagonistas, sus difusores y sus apoyos, por sus relaciones con los principales actores de la sociedad y la política de la Francia anterior a 1789, el Iluminismo no constituye una ideología ni una propuesta de tipo revolucionario, ni logra la adhesión de los sectores mayoritarios de la emergente nación.

El Iluminismo como movimiento, la *Encyclopédie* como cuerpo y empresa de tipo cultural-ideológico y científico-tecnológico, resultan del trabajo de los *philosophes*, e influyen y logran aceptación y apoyo por una parte de la élite del Antiguo Régimen. Ella abarca a los elementos esclarcidos de la clase dirigente, ubicados en posiciones dominantes del gobierno y la administración; la nobleza ilustrada; la burocracia deseosa de racionalización y modernización de la sociedad y del Estado; los par-

⁹ Sobre el Iluminismo y sus implicaciones para la crisis del Antiguo Régimen y el desarrollo de la Revolución, ver Groethuysen, Bernard, *Philosophie de la Révolution Française*, París, Éditions Gonthier, 1956; Hampson, Norman, *The Enlightenment*, Londres, Penguin Books, 1968.

lamentos que defienden sus privilegios con un lenguaje filosófico; sectores minoritarios de la nueva burguesía; los salones, academias, el conjunto del *establishment* intelectual; todo ello en París y en parte de las provincias.

El Iluminismo nunca deja de ser relativamente marginal o extraño respecto a la masa de población, compuesta por la aristocracia no ilustrada y aferrada a sus intereses, privilegios y prejuicios; por gran parte de la burguesía; por las masas populares del campo y la ciudad. El Iluminismo se mantiene ajeno a las situaciones, problemas y preocupaciones de esta mayoría poco radical, tradicionalista, religiosa, conservadora, que no desea una reconstrucción global de la sociedad y el Estado, sino el restablecimiento de costumbres e instituciones consagradas y la abolición de ciertos privilegios y abusos particularmente odiosos.

Pensamiento asociado a un grupo relativamente exclusivista, integrado a la jerarquía establecida, el Iluminismo no es en sí mismo una ideología revolucionaria. Sus contenidos y rasgos característicos son el utilitarismo, el humanismo, el reformismo, el conservadurismo político. Se trata de un elitismo que no es favorable a la subversión, no es adversario irreconciliable del régimen señorial y monárquico, ni de las jerarquías existentes. Discurso más monárquico-aristocrático que democrático, el Iluminismo se inspira en una voluntad de racionalización y de laicización de la visión del mundo y de la sociedad, con un espíritu de servicio público, de participación cívica y de integración social. El cuestionamiento se dirige a los aspectos más retrógrados, abusivos y paralizantes del absolutismo y de los sectores privilegiados tradicionales. Las propuestas explícita o implícitas apuntan a un programa de reformas de tipo modernizante y liberal, aplicables dentro del orden tradicional.

Así, el derrumbe de la monarquía, el inicio y el desarrollo de la Revolución, no son imputables a la difusión del discurso iluminista, en sí mismo no amenazante para el orden tradicional. En lo ideológico, la Revolución proviene más de los avances y logros de la praxis política de diferentes grupos desde 1787; de las sucesivas fases que en conjunto le confieren un carácter de modelo clásico de “revolución permanente”; del uso que las ideas e imágenes del Iluminismo reciben de los revolucionarios, que los separan de su contexto original y cambian sus contenidos y significados en función de sus intereses, conflictos y logros.

Este primer tipo de intelectual, de praxis ideológico-política, y de relación con el poder y el Estado presenta, además del modelo nuclear que se analizó, tres subvariedades que también prefiguran fenómenos futuros de los siglos XIX y XX.

La primera es la del intelectual que busca la salvación en el extranjero. La categoría general que se analizó constata la propia incapacidad para ganar directamente poder político por y para sí mismos, y tienden consiguientemente a convertirse en guías espirituales, asesores, eminencias grises, poderes detrás del trono, a fin de contribuir a un lento modelado de la realidad. Esta variedad tiene todavía poco desarrollo. Aparece en cambio la tendencia a la búsqueda de la salvación en el extranjero. Los *philosophes* se sienten alienados de sus propias sociedades, culturas y sistemas políticos. Transfieren sus lealtades a las sociedades y sistemas de China, Rusia y Prusia. Las idealizan y mitifican, las admiran y adoptan como marcos de referencia para sus análisis, críticas y propuestas, contribuyen a legitimar sus estructuras de poder. Es el caso de las complejas y accidentadas relaciones entre Voltaire, Diderot y otros, con Catalina de Rusia y con Federico el Grande de Prusia. En ello interviene el tratamiento benevolente y protector que dichos déspotas ilustrados dan a grandes figuras del Iluminismo, resentidas por las situaciones que sufren de bajo *status*, aislamiento, persecución y censura; tratamiento que combina el refuerzo de la autoestimación con el logro de ventajas materiales. Los *philosophes* se sienten así capaces de ser nuevos Platones y Aristóteles en relación a ciertos gobernantes. Admiran en China, Rusia y Prusia a naciones que en su propia visión, con frecuencia idealizada y sesgada, y en contraste con las situaciones vividas en el propio país, se destacan por las ventajas de la centralización política, el manejo racional del Estado y la sociedad, la contribución del déspota ilustrado a la rápida modernización, el papel privilegiado que se concede a los letrados. Con esta variedad del fenómeno analizado, que se dará luego con creciente frecuencia en otros países y etapas históricas, aparece ya el interrogante sobre ¿quién usa a quién?¹⁰

Una segunda variedad, algo posterior al prototipo central, está representada por el intelectual que transita a una forma combinatoria de las propias capacidades y funciones con un mayor grado de participación y actuación en la política práctica y en el Estado. Ejemplo señero es el marqués de Condorcet. Éste irá combinando sucesivamente los papeles de gran científico y conocedor en detalle de lo más avanzado de la ciencia de su tiempo, “último de los Enciclopedistas”, participante en intentos de reforma del Antiguo Régimen como colaborador del ministro

¹⁰ Ver Coser, Lewis A., *Hombres de ideas - El punto de vista de un sociólogo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, especialmente capítulo 13.

Turgot, ferviente partidario y activo participante de la Revolución, a cuyas vicisitudes y conflictos termina por sucumbir. Esta participación se da como político sin partido, representante por elección popular en cuerpos ejecutivos y legislativos. Frutos de esta participación son su aporte a la redacción de una constitución de la República, su redacción del histórico Informe sobre la Instrucción Pública para la Asamblea Nacional, sus precursores esfuerzos por definir y aplicar una política nacional de desarrollo científico y tecnológico, su “Esbozo de un Cuadro Histórico del Progreso del Espíritu Humano”, su notable comentario a *La nueva Atlántida* de Bacon.¹¹

Una tercera subvariedad del primer tipo está constituida por los llamados “Rousseaus de la calle”. Los mismos constituyen una prefiguración particular del fenómeno que Karl Mannheim definirá luego como “intelectual flotante”, y del cual el siglo XX dará variada exemplificación en diversas regiones del mundo como el “lumpenintelectual” o el lumpenprofesional.¹² Se trata de un grupo de intelectuales en situación de relativa marginalidad, sobre todo respecto a los *philosophes* y otros intelectuales que se benefician con los apoyos del patronazgo monárquico y aristocrático, y que deben compartir la situación y la existencia de la masa de marginales y desclásados. Semiempleados o desempleados, hambrientos, flotantes, resentidos, los miembros de esta categoría son inspirados a la vez por una ideología igualitaria, por la megalomanía y las ambiciones desmesuradas, por sentimientos de agresividad y venganza.

Constituyentes de una especie de bohemia intelectual, los integrantes de esta categoría producen una masa de panfletos de gran impacto público, y constituyen además una red de difusores también marginales y dinámicos. Unos y otros realizan una empresa de descrédito de gobernantes, poderosos y privilegiados, de destrucción de los fundamentos ideológicos del sistema, de desautorización y deslegitimación. Ello encuentra gran recepción en diversos sectores de la sociedad que viven un clima de inmensas inquietudes, malestares, disgustos del presente, aspiraciones vagas a un cambio total, donde florecen variedades del irracionalismo (*mesmesismo*, magia, mística, religiosidad tradicional de tipo oficial y heterodoxo). Así, el resentimiento de la bohemia literaria converge con el de algunos de los *philosophes* y escritores, como Diderot, humillados y ofendidos por un gobierno y una sociedad que ignora la

¹¹ Ver Badinter Elisabeth y Badinter, Robert, *Condorcet (1743-1794) Un intellectuel en politique*, París, Fayard, 1988.

¹² Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, Inc., pp. 153-164.

legitimidad del poder de los intelectuales, y motivados por un creciente odio al despotismo y la aristocracia. Converge también con la radicalización y politización del público cultivado, y con las aspiraciones de la nueva generación al cambio y la apertura de los marcos sociales. Algunos miembros de esta subcategoría llegarán a desempeñar un papel muy destacado en la Revolución, como es el caso de Marat, lo cual entraña con la siguiente categoría a considerar.

2. *El jacobino como intelectual en el poder*

El grupo y proto-partido de los jacobinos constituye un notable ejemplo del intelectual politizado, con proyecto político y capacidad para el control y el uso del poder estatal.¹³ El jacobinismo se recluta y constituye como una sección transversal media de la población urbana, con una considerable variedad de orígenes, trayectorias, niveles de ocupación y de ingreso. El grupo llega a incluir unos pocos aristócratas y pobres desesperados, pero sobre todo una mayoría de clase media (alta y media-alta), pequeño comercio, artesanos, y muy escasa representación del nuevo proletariado. El núcleo duro y el sector mayoritario del jacobinismo están constituidos por intelectuales, que se desempeñan como dirigentes y activistas, en los comités, las diputaciones, la administración civil, el ejército y la guerra, la agitación, el periodismo, la dirección y movilización de masas. Ello abarca a médicos sacerdotes, abogados, autores, actores, maestros, notarios, científicos frustrados, periodistas. Tienen en común la desafección por una variedad de razones públicas y privadas, respecto a la vieja sociedad, y la voluntad de usar las capacidades intelectuales y profesionales para justificar y legitimar su asalto al poder estatal, y la utilización de éste en la política diaria, hacia el interior y hacia el exterior, para una reconstrucción de Francia, una creación definitiva de la nación según los principios de la razón y la virtud naturales.

A los jacobinos en el poder corresponde, como se dijo, y como ha destacado Henri Lefebvre,¹⁴ la culminación de la obra del Antiguo Régimen, en parte por su destrucción, en parte por su liberación de límites estrechos y por la conservación de su personal y de sus estructuras y contenidos que resulten recuperables. Los jacobinos establecen la racionalidad

¹³ Ver Coser, *Hombres de ideas...*, cit., supra, nota 10, especialmente el capítulo 13; Feuer, Lewis S., *Ideology and the Ideologists*, Nueva York, Harper & Row, 1975; Bouloiseau, Marc, *Robespierre*, París, PUF, 1971.

¹⁴ Lefebvre, Henri, *De l'État*, París, Union Générale d'Éditions, Coll 10/18, 1976, 4 volúmenes.

del nuevo Estado, como parte de una trinidad que también integran la nación y la razón. El racionalismo y la centralización estatales de los jacobinos lanzan e imponen la representación mítica del Estado como reflejo de la nación unificada que a su vez es producto del pueblo. Este habría hecho a la nación, que a su vez habría engendrado al Estado.

El proyecto de los intelectuales jacobinos supone y exige la ruptura con el pasado, la creación de una tabla rasa que permite recomenzar la sociedad y el Estado desde cero. Para ello se adopta un milenarismo secularizado, y se recurre a un reino del terror que logre la regeneración por la violencia, la imposición de la libertad y la virtud a los recalcitrantes seres humanos.

Cumplen también los jacobinos un pasaje, del papel de doctrinarios postulantes al poder, al de políticos y funcionarios profesionales del Estado. Asumen el mundo social y político como objeto de manipulación. Impulsan la burocratización del gobierno, y la reducción de la participación social y política de los sectores cuya representación pretenden y a cuya movilización autoritario vertical recurren.¹⁵

Los jacobinos se integran así, como se dijo en una continuidad histórica con el Antiguo Régimen que los preceden, y con el bonapartismo y la subsiguiente sucesión de constituciones, regímenes y gobiernos.

3. *Los científicos, la Revolución y el Estado*

La Revolución francesa también contribuye a un replanteo de las relaciones entre los científicos como subcategoría de los intelectuales, el poder político y el Estado.¹⁶

El problema está prefigurado y se despliega en la figura y las propuestas de Condorcet. Antes de la Revolución, y durante su participación en ella, Condorcet formula y precisa la idea del progreso como resultante de nuevas relaciones entre la ciencia y el poder político. Expresión máxima de la razón, la ciencia debe a la vez ser expresión organizada y organizadora de la sociedad. Debe además ser inseparable de la democracia, en mutua interdependencia, lo que incluye la noción de la ciencia como modelo de una sociedad civil democrática. La democracia debe

¹⁵ Ver Guerin, Daniel, *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa, 1793-1795*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

¹⁶ Ver Salomon, Jean-Jacques, *Science et politique*, París, Éditions du Seuil, 1970; Gillispie, Charles Coulston, "Science in the French Revolution", en Bernard Barber y Walter Hirsch, editors, *The Sociology of Science*, Nueva York, The Free Press, 1966.

apoyar a la ciencia, cuya realización requiere una limitación del poder del Estado, su conversión en servidor y no en amo de aquélla. El destino personal de Condorcet, uno de los padres intelectuales de la Revolución que ésta devora, revela las dificultades para la redefinición de las relaciones entre ciencia y Estado.

La Revolución francesa contribuye a desplazar el centro de la excelencia científica, desde Inglaterra al continente europeo y primero hacia Francia. Aquélla tiene un impacto favorable al desarrollo de la ciencia, por los cambios sociopolíticos que introduce, y por los problemas que plantea.

La ideología democrático-liberal que inspira a la Revolución y a sus principales actores se caracteriza sin embargo por una ambivalencia respecto a la ciencia. Por un lado, se evidencia una hostilidad de los revolucionarios y de sectores sociales que ellos expresan, respecto a la ciencia como actividad aristocrática, y a la tecnología como creadora de desempleo y pobreza para los artesanos y los trabajadores. Por el otro lado, se concibe a la ciencia como necesariamente al servicio de la liberación popular y nacional. La Revolución trae consigo una primera etapa de destrucción de instituciones y de científicos; la abolición de la Academia de Ciencias; la ocupación del Observatorio por los ayudantes de investigación; la purga de Laplace, Lavoisier y Lagrange de los comités científicos y tecnológicos; la muerte de Lavoisier y Condorcet.

A la inversa, ya incluso en la fase jacobina, se va estableciendo una nueva relación entre Estado y ciencia, en la cual el primero apoya a la segunda pero le exige la participación en las actividades del gobierno y el control de éste. Desde el año II de la República se da la movilización de los científicos al servicio del Estado; su incorporación para tareas de apoyo y consejo, misiones, decisiones políticas. Ello va acompañado por la exigencia de lealtad y de politización, las discriminaciones, el privilegio a la ciencia aplicada respecto a la ciencia pura. Los científicos no dejan de perfilarse como grupo con poder, prestigio e influencia.

Pasado el Terror se da un periodo de reconstrucción, la creación o la resurrección de un gran conjunto de instituciones científicas, de docencia e investigación, que restauran el liderazgo y expansión de la ciencia francesa.

4. *Los intelectuales legitimadores*

De la Revolución y el Imperio surge el nuevo prototipo del intelectual legitimador de los nuevos sistemas de poder, en dos variedades: los

ideólogos, y los contrarrevolucionarios conservadores. Ambos comparten el papel de intelectuales como modeladores de sistemas de símbolos, ideas y propuestas que legitiman el poder estatal y sus usos, en un caso en beneficio del Imperio napoleónico, en el otro como nuevas justificaciones cuando una situación histórica transformada muestra la insuficiencia de las viejas para sostener o consolidar el poder.

La primera variedad está representada por los *ideologues*, el grupo de los jóvenes que llegan a ser últimos representantes de la filosofía del Iluminismo, la herencia y continuidad de su tradición, pero también la adaptación a los cambios introducidos por la Revolución y el Imperio, y la proyección hacia el futuro (Volney, Destutt de Tracy, Cabanis).¹⁷

Su doctrina es formulada y desarrollada a partir del concepto de ideología que Destutt de Tracy propone en 1812, como disciplina filosófica que analiza el funcionamiento de la mente humana de modo empírico, como objeto natural. Ello permitiría determinar la verdad y el error en las ideas, disponer de un método para su validación. El gobernante podría conocer los hombres y las ideas, estar en condiciones de erigir un orden justo y razonable. Se da importancia primordial a la educación y al principio de ciudadanía, como condición de una política racional, y garantía de la libertad en lo político, lo económico y lo cultural.

Los ideólogos toman posición en la política, descienden a su arena. Participan en la Revolución, en comités legislativos, en la Asamblea y en la Convención, y lo hacen como burgueses liberales, moderados, girondinos, víctimas de la persecución jacobina. Tras el Terror, incrementan sus desempeños en papeles públicos, tienen la autoría de la Constitución del año III, contribuyen a la transformación de la educación y a la creación o avance de las instituciones científicas y culturales de mayor influencia, asumen un papel dirigente en la vida intelectual y política del Directorio.

Los ideólogos se entusiasman con Napoleón, como hombre ilustrado en el poder, posibilidad de unión de ese poder con los intelectuales, fuerza que permita realizar el reino de la razón, medio para que el grupo cumpla un papel más influyente y decisivo en la política y en el Estado. Contribuyen considerablemente a la legitimación por la comunidad intelectual de Napoleón y del Estado fuerte. Participan en la preparación de la Constitución no liberal ni democrática del año VIII, y se incorporan al Senado, al Tribunado y al Ayuntamiento.

¹⁷ Ver Cooser, *Hombres de ideas...*, cit., supra, nota 10.

Se van dando sin embargo crecientes evidencias de la repugnancia de Napoleón por estos “hombres con un sistema”, poco flexibles y adaptables a las demandas del nuevo régimen, demasiado analistas, ideologizados, soñadores ilustrados, en contraposición a la preferencia del Primer Cónsul y Emperador por los hombres pragmáticos y dedicados al manejo de hechos positivos y exactos. Frente a las críticas de los ideólogos, Napoleón les plantea una opción de hierro: el sometimiento, o la exclusión de la vida cultural y política. Muchos de ellos eligen el exilio interno o externo, para la conservación de una visión liberal en una época autoritaria, y la posibilidad de una posición al poder personalizado y autoritario.

Con los ideólogos aparece lo que se ha denominado el *paradigma redentor*, el poder personificado y populista-nacionalista, para resolver las contradicciones y conflictos de la Revolución, de sus insuficiencias, de una modernización incompleta y a cumplir a cualquier costo. Es el paradigma que Hegel presiente cuando ve en Napoleón una encarnación del “Espíritu del mundo a caballo”. Es el fenómeno sobre el cual Max Weber modelará el concepto de legitimación carismática, y sobre cuyos peligros advertirá en su *Política como vocación*.¹⁸

Por la otra parte, la Revolución francesa y el Imperio dan lugar, tras una primera resonancia y un inicial sentimiento favorable en Inglaterra, Alemania y otras partes de Europa, una fase de *reacción romántico-conservadora*.

En Francia:

Las clases privilegiadas no se sometieron voluntariamente al nuevo orden. Intentan, en el plano teórico, un esfuerzo desesperado para reaccionar contra la filosofía de los derechos naturales y substituir al individualismo revolucionario el respeto de los valores tradicionales... Es así como se desarrolla en Francia, paralelamente a los otros Estados de Europa, esta escuela tradicionalista, que busca reanudar sus lazos con los siglos pasados. Escuela que se ha designado igualmente con el nombre de ultramontana o teocrática, porque, tomando sus argumentos de la filosofía medieval, tiende a someter no sólo el individuo al poder civil, sino aún más el poder civil al eclesiástico, considerado como el representante de Dios mismo. Pero detrás de estas teorías es fácil reconocer el rencor de las antiguas clases privilegiadas

¹⁸ Ver Feher, Ferenc, “Redemptive and Democratic Paradigms in Radical Politics”, *Telos-A Quarterly Journal of Critical Thought*, Nueva York, Telos Press, núm. 63, primavera, 1985, pp. 147-156.

que, intransigentes en cuanto a los principios y ávidas de venganza, sueñan con el restablecimiento del Antiguo Régimen.

Principales encarnaciones en Francia de esta posición con Joseph de Maistre, Louis de Bonald, el abate de Lamennais.¹⁹

En Inglaterra y Francia se da una fuerte reacción nacional contra la Revolución francesa y el Imperio, y sus tendencias autoritarias, expansionistas y desorganizadoras. Ellas son vistas como resultantes de la aceptación acrítica del Iluminismo, del optimismo y del racionalismo ingenuos del siglo XVIII; su concepción de un universo racional y mecánico; su intento de reordenar la sociedad de acuerdo a principios puramente racionales; su cosmopolitismo. Se reconoce la existencia y el papel positivo de los factores irracionales de la conducta humana: tradición, emociones, imaginación, sentimiento, religión, poesía, arte, y la necesidad de su liberación. La fe, la intuición, la religión, la moral, el arte, son esenciales para comprender la naturaleza y la sociedad. La mente tiene un papel modelador del mundo. El grupo, la comunidad, la nación son conceptos fundamentales que exigen la obligación del individuo. Se debe investigar el origen de las instituciones, y mirarlas como producto de un lento desarrollo orgánico, no de una acción racional y calculada.

Esta tendencia se expresa en Inglaterra con la obra enormemente influyente de Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*. En Alemania, tras una fase de enorme resonancia y simpatía respecto a la Revolución y el Imperio, los intelectuales se alejan, se vuelven hostiles, y terminan por aceptar el predominio de una corriente antirrevolucionaria, de romanticismo conservador, que encarna sobre todo en Novalis, Fichte, el Hwegfel de la madurez. Con esta última variedad de intelectual contrarrevolucionario, dedicado a la defensa y legitimación de los regímenes más conservadores y reaccionarios de la Europa posterior a 1815, se completa la tipología de los intelectuales en su relación con el poder político y el Estado que emerge del impacto de la Revolución francesa y el Imperio Napoleónico.

¹⁹ Droz, Jacques, *Histoire des doctrines politiques en France*, París, PUF, 1975.